

Verdad y poder: un juego que seduce

JAVIER ALISTE BARRIOS
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Introducción

¿Qué es la medicina? En nuestras modernas sociedades occidentales, la medicina es sin duda una de las ciencias más importantes, la ciencia de la vida, del seguir vivo, y no solo vivo, sino también sano. La medicina se enfrenta a la enfermedad y la muerte. Como tal, es también una de las ciencias que gozan de mayor estatus en occidente.

Pero la medicina es también un saber, un saber instrumental. La medicina fija sus definiciones sobre salud y enfermedad y opera con base en ellas. Así, un médico que se encuentra ante un sujeto (sea ante un cuerpo, la medicina orgánica, sea ante una mente, la medicina mental) es perfectamente capaz de discernir si se encuentra ante un sujeto sano o un sujeto enfermo. Ante el sujeto enfermo, el médico sabe qué debe hacer para devolverle la salud. Es cierto que algunas enfermedades no pueden curarse, las enfermedades terminales y las crónicas. Sin duda en el pasado enfermedades que resultan ridículas en nuestros días pudieron ser terminales antes de inventarse los antibióticos.

Por tanto, la medicina se produce como un saber a la vez abierto y cerrado. Abierto, porque es innegable que la medicina cambia, se contradice, avanza— descubre enfermedades o tratamientos nuevos—. Pero a la vez cerrado, ya que, aunque de fondo haya una investigación, un cuestionamiento, cada paradigma médico de cada época funciona como si fuera un saber objetivo, absoluto e inamovible. Así, aunque haya un cuestionamiento de ciertos procedimientos de la medicina, o de si algunas enfermedades lo son,

la medicina institucional sigue operando de la misma forma, su actuar diario no se paraliza por un cuestionamiento de fondo, aunque este pida paralizar una acción médica por un riesgo de daño futuro. Tanto es así, que la medicina llega a operar con procedimientos que no se han demostrado eficaces y los cuales se creen perjudiciales hasta que se demuestra que son perjudiciales. La lobotomía nunca demostró ser un tratamiento eficaz para la locura, pero aun así se instauró en la medicina institucional del siglo xx, que recompensó a su creador con el premio Nobel de Medicina (Egas Moniz).

Pretendemos por tanto aquí alejarnos de la visión de la medicina como una ciencia natural, una ciencia desinteresada en el saber acerca del hombre. Intentaremos poner encima de la mesa, a modo de hipótesis, una visión de la medicina como un saber instrumental, un mecanismo de saber-poder que sirve de instrumento de control en las modernas sociedades occidentales. Quizá el instrumento de control más efectivo y más importante de nuestras sociedades.

La medicina se ocupa de la salud. La salud se define negativamente como lo no enfermo, y la enfermedad es, en teoría, aquello incompatible con la vida. El concepto de enfermedad se extiende más allá de aquello que procura la muerte. La enfermedad no es solo lo incompatible con la vida biológica, sino lo incompatible con la vida cultural. La medicina es tanto una ciencia natural como un saber cultural. No solo un cáncer terminal es una enfermedad, también lo es una lesión de por vida que nos impide trabajar. También se consideran enfermos ciertos comportamientos incompatibles con las normas sociales, tales como la locura o las discapacidades mentales. Por tanto, la medicina fija culturalmente —al menos en parte— su definición sobre la salud, definición íntimamente relacionada con el modo de vida de una sociedad con su cultura.

De ahí que podamos lanzar esta hipótesis. Un sujeto sano es un sujeto capaz de desarrollar su papel en la sociedad, no solo un sujeto vivo. Si la salud se define en función de las necesidades del sistema, entonces la medicina es un instrumento de control social que se ocupa de que los sujetos estén sanos, esto es, no solo que puedan vivir, sino que puedan vivir en una sociedad determinada. La medicina como un mecanismo de saber-poder que controla a los sujetos en sus dos dimensiones, en su dimensión real (el cuerpo, medicina orgánica), y en su dimensión simbólica (mente,

medicina mental). La medicina se encarga de la prevención y erradicación de la enfermedad, su cometido es la *higiene pública*.

Analogía entre sacerdocio y medicina

Un análisis de las prácticas médicas puede revelar el parecido de estas con algunas prácticas sacerdotales que se daban en el pasado para el control de los sujetos. Hay en concreto tres prácticas médicas que se asumen de manera análoga a como se desarrollaban durante la época del control sacerdotal. En *tecnologías del yo y otros textos afines*, Foucault (2012) hace un recorrido por dichas prácticas sacerdotales, analizando sus procedimientos de control y haciendo notar cómo la medicina institucional ha sustituido al sacerdocio en estas prácticas de control. La medicina es el sacerdocio de la burguesía.

En primer lugar, el examen de conciencia. Tanto en la confesión al sacerdote como en la consulta al médico, lo primero de todo es responder a las preguntas del docto. Tanto el sacerdote como el médico tienen el derecho de recorrer los pensamientos más oscuros, puesto que es necesario conocer a fondo a aquel a quien voy a dirigir. Un conocimiento profundo e individualizado, un conocimiento preciso de cada oveja del rebaño. Cualquier detalle puede revelar la desviación del alma, o bien la enfermedad orgánica o mental. Por ello es necesario conocer hasta los más íntimos detalles, aquellos secretos que guardamos contra todos, salvo contra ellos. Delante del sacerdote y el médico, hablamos. No paramos de hablar ¿cómo es esto posible?

Desde luego que el examen de conciencia no tendría ningún éxito si no hubiera una condición clave para que el sujeto hable: la seguridad de la discreción absoluta a través del secreto de confesión y el secreto profesional. Por supuesto, nadie regalaría sus palabras más ocultas sin una garantía real de la confidencialidad de aquel que escucha. Traicionar tanto el secreto de confesión como el secreto profesional es uno de los hechos más graves que puede cometer un miembro de cualquiera de estos dos grupos. Es imprescindible la confianza en la confidencialidad para desvelar todos los secretos que albergan la cabeza de quien se sienta en la consulta o se arrodilla ante el confesionario.

El secreto y el examen de conciencia son los pasos previos para la dirección de conciencia. Es necesario saber lo que la gente hace para decirle que no lo haga. Las directrices generales no dan cuenta de los problemas reales a los que nos enfrentamos los hombres cada día por la desgracia de vivir juntos. Es necesario saber cómo se desvía cada alma en particular, como se estropea cada cuerpo o cada mente en concreto, para decirle a cada oveja qué camino debe tomar para volver al redil.

Examen de conciencia: del cual se espera sinceridad porque se garantiza confidencialidad, para escuchar el mal de cada uno, y dirección de conciencia para reconducirlos hacia el *bien de todos*, esto es, hacia el orden, hacia la normalidad que mantiene dicho orden.

Se trata de un sistema de control continuo e individualizado, un sistema de control a la vez visible e invisible. Invisible porque estamos convencidos de la bondad del médico. El médico es aquel profesional desinteresado que se dedica a restaurar la salud y prevenir la enfermedad. No pensamos que las órdenes del médico, a las cuales llamamos consejos, tengan un fin ulterior que responda a los intereses de un sistema, sino que los vemos como necesarios únicamente para conservar la salud del sujeto (y ya hemos dicho que la salud se define en función de ciertos intereses sociales).

A la vez el control más visible, puesto que gustosamente nos rendimos a ellos, dispuestos a obedecer cada palabra que salga de su boca sin cuestionarla. Incluso el soldado que obedece ciegamente a su sargento tiene una opinión, un pensamiento acerca de la orden que está ejecutando. Cuando el médico ordena no. No hay cuestionamiento. *Tome esto tres veces al día durante dos semanas*; cuando un médico dice algo así, el paciente no suele preguntar cosas como por qué, qué es eso, existen otros tratamientos, ni siquiera qué efectos secundarios tiene. Simplemente agradecemos al médico su sabiduría y con fe ciega confiamos en que su palabra se haga verbo.

Por supuesto esto no quiere decir que la medicina nos haya dado nada bueno. Cierto que ha salvado muchas vidas y ha facilitado muchas otras. Yo mismo acudo al médico si me rompo una pierna. La cuestión que se debate aquí no es si la medicina es buena o mala, la cuestión que queremos plantear es si la medicina occidental, tal como la conocemos, sobre todo

a partir de finales del siglo XIX, ha sido y continúa siendo uno más de los mecanismos de control de las modernas sociedades. Se trata de plantear la misma cuestión que ya nos es familiar con la educación. No discutimos si la educación es buena, puesto que es un problema demasiado abstracto incluso para que nos resulte absurdo plantearse. Discutimos si un tipo de educación (el modelo occidental por ejemplo) tiene como misión liberar a los ciudadanos o hacerlos más dóciles instaurándoles desde pequeños respuestas a preguntas que nunca dejaron de plantearse.

En resumen, los médicos han sustituido a los sacerdotes en la ardua tarea del control social en el día a día, en la cotidianidad de la vida social. Qué comemos, como dormimos, nuestros hábitos sexuales; de igual forma que el sacerdote tenía las directrices para una vida santa, que nos alejara del pecado, el médico conoce las directrices de una vida sana, que nos aleja de la enfermedad.

Existen más analogías entre la profesión médica y la sacerdotal. Una curiosa analogía es la que establece Thomas Szasz (2006) en su libro *La fabricación de la locura*, en el que plantea un estudio comparativo entre la estigmatización de las brujas y la estigmatización de los locos. Analiza los procedimientos de la Inquisición en la caza de brujas y los compara con los procedimientos de la psiquiatría institucional en la diagnosis del loco.

La obra de Szasz es un minucioso análisis que establece un paralelismo entre la Inquisición y la Psiquiatría institucional, la primera como productora de las brujas y la segunda como productora del loco —así como un paralelismo entre la situación de las brujas y los enfermos mentales—. Analiza cómo la forma de identificación y demostración de una mujer como bruja y la forma de identificación y demostración de que un sujeto es un enfermo mental son procedimientos análogos salvando las distancias del tiempo que los separa. Existen tres pruebas para la identificación tanto del loco como de la bruja, cada una de ellas suficiente por sí misma para validar la identificación, y en todas, tanto para la bruja como para el loco, el sujeto es condenado en el momento que es acusado.

La primera es la confesión. En la identificación de las brujas, daba igual cómo se consiguiera dicha confesión. Torturar a una mujer hasta su

confesión se consideraba una prueba válida y suficiente para considerarla una bruja y ajusticiarla. Que la confesión se extrajera mediante métodos de coacción que harían confesar cualquier crimen al más santo no impedía que la prueba fuera aceptada. En la identificación de los locos, ocurre algo análogo. Desde luego no se tortura a los pacientes para obtener una confesión, pero esta no es necesaria. El psiquiatra obtiene su diagnóstico de la interpretación que hace de las afirmaciones de su paciente. Si el loco admite estar loco, ahí está su confesión, si el loco no admite su locura, esto no hace más que ser un síntoma de su irracionalidad, lo cual confirma aquella. Por tanto, cuando un sujeto aparece ante un psiquiatra para que éste lo califique o no como enfermo mental, el resultado de la consulta escapa completamente al control del sujeto, de igual forma que escapaba totalmente al control de las brujas la decisión de si realmente lo eran.

La segunda de esas pruebas es la búsqueda de marcas. En la identificación de las brujas, cualquier mancha, lunar, verruga, etc., era considerado como una marca de brujería y validaba la identificación de la mujer como bruja. Una vez se acusaba a una mujer de bruja, cualquier pequeña impureza o anomalía de su cuerpo servía para confirmar dicha acusación. De igual forma, el loco es condenado desde que es acusado. Como el psiquiatra interpreta las palabras del sujeto acusado como loco con la libertad que le otorga su estatus de médico, el psiquiatra tiene la capacidad de confirmar su acusación cualesquiera que sean las palabras que surjan de la boca del sujeto acusado. Tanto en la identificación del loco como en la identificación de la bruja, la confirmación mediante la búsqueda de marcas condena al acusado antes de la prueba, puesto que cualquier marca es válida para confirmar la brujería o la locura.

La tercera de las pruebas para la identificación de las brujas era la llamada *ordalía del agua*. Se trataba de tirar a la acusada de bruja al agua atada de pies y manos, otra prueba en la que ocurriera lo que ocurriera la acusada ya estaba condenada de antemano. Si la mujer se salvaba era una bruja, y era quemada en la hoguera, y si se ahogaba, ya estaba ajusticiada, aunque no fuera culpable. Thomas Szasz (2006) compara esta experiencia con las pruebas psiquiátricas, en las cuales la interpretación del psiquiatra es la que indica el resultado de la prueba. Por tanto, haga lo que haga el acusado de

loco, escriba lo que escriba, responda lo que responda, puede ser condenado por el psiquiatra como loco, y encerrado —se salve o se ahogue— estaba condenado desde su acusación.

Conclusiones

Hemos intentado suscitar otra forma de acercarse a la medicina, como mecanismo de saber-poder que sirve de instrumento de control. Hemos sugerido que las funciones y procedimientos médicos se parecen sospechosamente a los sacerdotales, citando a vista de pájaro los análisis que Foucault y Szasz hacen en *Tecnologías del yo y otros textos afines* y *La fabricación de la locura*, respectivamente.

Para finalizar nos gustaría enunciar una hipótesis que desarrolla Foucault en su *Historia de la locura*, sobre todo en su primer volumen *La voluntad de saber*. ¿Cómo se hace la medicina con la misión del control social? La sexualidad es el ámbito por el cual la medicina sustituye a la justicia penal en el control social, rebautizándolo como *higiene pública*.

Pero para controlar las prácticas sexuales es necesario sacarlas a la luz, alejarlas del secreto. Se naturalizan las conductas sexuales consideradas irregulares a través de la enfermedad, y en especial a través de la enfermedad mental. La sexualidad, como ámbito de la medicina, se camufla como ciencia natural, siendo un saber cultural. La naturalización del sexo hace que haya conductas sexuales sanas y conductas sexuales enfermas, pero todas naturales —no olvidemos que una enfermedad como un virus o un cáncer es también natural—. El discurso de la sexualidad intenta camuflar como científica la norma médica, que siempre estuvo supeditada a la norma moral, y esto sucede dirigiendo su mirada sobre todo a las ‘aberraciones o perversiones sexuales’.

La medicina camufla como ciencia su misión de control social. ¿Cómo justifica su intromisión en ámbitos tan íntimos como la sexualidad? Relacionando las irregularidades sexuales, que llamará perversiones, con la locura. No son tanto las enfermedades de transmisión sexual —que también—

las que permiten a la medicina camuflar como norma médica lo que es norma moral, sino que es sobre todo a través de la psiquiatría, que acaba relacionando procesos de locura con irregularidades sexuales.

A través de definir un comportamiento sexual correcto, que girará en torno a la familia burguesa monógama y biparental, se pueden definir las aberraciones sexuales. Estas aberraciones pasan a considerarse o bien resultado de la locura, o bien productoras de la misma. Y puesto que la locura se considera una enfermedad, es un problema de salud, y puesto que es un problema social, puesto que el loco causa problemas en la sociedad, es un problema de salud social, de salud pública, es decir, un problema de *higiene pública*.

Hemos intentado mostrar aquí, sólo enunciándolo, tres ideas clave que se relacionan entre sí. En primer lugar, que la medicina es un mecanismo de poder-saber que sirve de instrumento de control en las modernas sociedades occidentales. En segundo lugar, que muchas prácticas y procedimientos de control utilizados por el sacerdocio son asumidos por la medicina moderna con la victoria de la burguesía. Y, en tercer lugar, que es a través de relacionar aberraciones sexuales y enfermedad mental como la medicina adquiere un estatus de ciencia que camufla la norma moral como norma médica, y le permite dedicarse al control social gracias a rebautizarlo como *higiene pública*.

Referencias

- Foucault, M. (2012). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Foucault, M. (2016). *Historia de la sexualidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Szasz, T. (2006). *La fabricación de la locura: estudio comparativo de la Inquisición y el movimiento en defensa de la salud mental*. Barcelona: Editorial Kairós.